evolucionó su espíritu, que en el último año de estudios preparatorios se proclamó ¡poeta!

Ya con anterioridad, como se ha visto, habíase dado al cultivo de las letras, un cultivo sin fruto, imaginario. Leyó á Homero, á Eschilo, á Anacreonte, á Virgilio, á Píndaro. Se impregnó con el incienso de la Belleza, él, que atacaba y negaba la Belleza. Clamaba contra la Poesía y sin embargo se dejó crecer la melena é intentó hacer sonetos que nadie conoció. Olvidando la sempiterna serpiente que anidaba en su alma, dedicábase con ahinco á leer también los libros de los grandes autores modernos, y de todos ellos, con prodigiosa memoria, recopilaba frases, versos, pensamientos, páginas enteras que después recitaba entre sus disertaciones formadas con los más escandalosos plagios. Su mayor gusto era reprochar á alguno de sus amigos diciéndole:

—¿Conoces "La Reliquia" de Eça de Queiroz?....

—No.

—¿Y "La Resurrección de los Dioses" por Merejowski?

—Tampoco.

—¿Y el "Agamenón" de Eschilo?

—Menos.

—Entonces eres un pigmeo, un estúpido!

—¿Y tú, Jacinto, conoces "La Envidia" por el "Retón?"

No contestaba, se roía las uñas y se alejaba dando muestras de olímpico desprecio.

En música era un recto crítico. Daba su opinión acerca de la marcha evolutiva del divino arte; atacaba á Wagner como el más empedernido defensor de la escuela antigua; censuraba acremente á los clásicos; externaba locos juicios combatiendo á Weber, á Beethoven, á Mozart y á Schuman. Verdi era para él un viejo voluble, sin genio; Puccini, un



ridículo sentimental; y todo por el afán de herir, de contradecir, de sostener su papel de *poseur*.

Un nuevo vicio, agregado á la ya larga serie de los que arraigaron en su espíritu, vino á desprestigiarlo completamente: una vez, y en su manía de superar á todos, inició la idea de fundar un periódico. Su mira secreta era popularizar su nombre y hacerse admirar del público para lo cual contaba únicamente con su admirable audacia. Su proposición fué acogida con entusiasmo por parte de maestros y estudiantes, prosperó, reunióse la cantidad suficiente para realizar el proyecto, y á los pocos días vió la luz pública un semanario literario que se titulaba «El Pendón,» órgano del Instituto de Ciencias y á cuyo frente como era natural apareció Jacinto de Director. Ver su nombre en letras de molde y acrecerse el hombre, todo fué uno. Desde las columnas del estudiantil semanario, en artículos mal pensados y pésimamente escritos, pero muy bien embozados con su maestra perfidia, vociferó de todo, lo calumnió todo, insultó al pueblo, al clero, al gobierno; vació la letrina de su indignado cerebro, descargó su infinita envidia contra indefensos ciudadanos, insultó también á los verdaderos literatos, atacó los principios más sagrados, blasfemó de Dios, de la Naturaleza, de la Ciencia, del Arte. ¿Dios? Era un pigmeo. ¿La Naturaleza? Una solemne porquería. ¿La Ciencia? Una cosa estúpida. ¿El Arte? Una mentira para engañar bobos. Y por fin, perseguido por la Justicia, denunciado por sus propios colaboradores á quienes engañara, y para coronar dignamente su obra destructora, que sinceramente él creía noble, huyó de la Ciudad llevándose los fondos pecuniarios del periódico.....

¡Era un ladrón!

Aquella infamante conducta no fué castigada. Aquel imborrable estigma puesto injustamente sobre las honradas frentes de sus padres, causó á éstos pesar tan grande, que

Doña Juana enfermó gravemente de fiebre y murió al poco tiempo balbutiendo desolada:

—¡Mi hijo es un ladrón! ¿Qué le faltaba?.... ¡Dios le perdone como yo ya le he perdonado!.....

Habíase olvidado ya la hazaña del libelista, cuando transcurridos tres años, el prófugo regresó aparentemente arrepentido. Pidió y obtuvo el perdón del generoso Don Fabián y le prometió enmendarse yendo á la Capital á reanudar y completar sus interrumpidos estudios.

Sin embargo, dos años perdidos en francachelas y orgías fueron el cumplimiento de tan seria promesa. Pero él engañaba á su cándido padre escribiéndole que estudiaba mucho, que sus profesores le estimaban demasiado, que había *doblado* años, que ya muy pronto se recibiría de abogado y que, por último, su nombre era cantado en la Prensa metropolitana como una futura gloria del foro patrio.

El pobre viejo ya achacoso, ignorante y creyente, no omitía pues gasto ninguno para la completa educación de su mentiroso hijo. Era de verle allá, en la panadería misérrima trabajando, ahorrando siempre un dinero penosamente ganado que íntegro iba á dar á las manos del degerado Jacinto. Conformábase con lo que llevaba Jesús, y así, con dificultad, se sostenían ambos mientras el despilfarrador se ocupaba más de leer novelas y poesías, que de atesorar conocimientos jurídicos, y como le sobraba el dinero, los literatos vagos y sin reputación, borrachos como él, como él envidiosos, lo explotaban á más mejor titulándolo "El Pactolo." Honrado verdaderamente con la amistad de tan *altas personalidades*, creaba versos en su magín, escribía sendos volúmenes de ciencia patológica, inmortales obras revolucionarias que derribarían el actual estado de cosas y acabarían con todos los tiranos, obras,



volúmenes y versos que jamás traspasaron las duras paredes de su enfatuado cráneo.

—¡Ah! mi libro "Iniciaciones!".....

—¿Lo publicará Ud.?

—¡Claro, hombre, claro!

—¡Oh! mi libro "Medallas, Frisos y Chapiteles!".....

—¿También?

—Más tarde, más tarde.

—¡Oh! mi libro "Sinfonías liliáceas!"

—¿Muy bello, eh?

—¡Ya lo creo! Como que empieza:

"Yo soy el alma lila de los versos ignorados,
Yo soy la sinfonía de los brunos facistoles.
Reverentes cual mongoles,
luminosos como soles,
en mí vierten....."

—¡Caracoles! Deveras que es Ud. un poeta incomprensible!

—Sí.... no me comprenden: por eso me persiguen. ¡Qué quiere Ud.!..... la envidia.....

—Este tipo es un farsante en toda la desnuda acepción de la palabra,—murmuraba un oyente al despedirse.

—¡Qué estúpido! ¡Es un pigmeo!—decía para sí Jacinto estrechándole la mano.

—¡Adiós! mi querido vate!

—¡Adiós! mi inteligente amigo!

Y se entraba á la más próxima cantina donde en compañía de sus inseparables amigos apuraba grandes vasos de ajenjo y repetía las frases de costumbre:

—¿Zolá? Convengan ustedes conmigo en que Zolá fué un marrano. ¿Gorki? Es un vago. ¿De Musset? Fué un llorón. ¿Víctor Hugo? Un viejo chocho, un rebuscador de ases..... ¿Tolstoy? ¡Oh! la faena servil, el retroceso, la-

esclavitud! ¡Un santurrón! ¿Baudelaire? Era un degenerado. ¿Dostoyeuski? ¡Otro pigmeo! ¡No hay nada que sirva ni en la literatura que fué ni en la que es; ni en los autores exranjeros ni en nuestros estúpidos autores. Todos son unos protoplasmas, unos pequeños....

Se atuzaba el erizo bigotillo, caído en la "reverencia" de sus "mongoles." Solamente Vargas Vila era su ídolo. Las cadentes frases del viril escritor le entusiasmaban.

—Yo y Vargas Vila pensamos.....

Daba rienda suelta á su orgullo, á su egolatría, y desde luego repugnaba oirlo hablar de aquella manera tan ciega é irrespetuosa, comprendiéndose á las claras que el tal monomaniaco iba derecho al abismo de la locura y de la degradación más completas.

—¿Pero hasta cuándo publicas algo, Jacinto?—repetía cualquiera de sus camaradas.

—¿Yo? ¿Publicar algo en periódicos pigmeos?..... ¡Vaya, hombre, pues qué te has figurado? Yo publicaré mis libros, grandes libros que anularán á todos los que se han escrito. Más tarde, cuando estudie más..... Pero yo, ¿escribir de gorra en esos imbéciles diarios asalariados? ¡nunca! Yo.....

Y siempre aquel *yo* que figuraba en todos sus discursos como un rígido centinela que guarda la puerta de un tirano! *Yo* ésto, *yo* aquello, *yo* lo otro..... su personalidad estaba por encima de todo; á ella convergían todas las comparaciones; él era el modelo, el dictador, el *arbiter elegantiarum*, el único.

—Yo.....

Tanto fué su repetir laudatorio para sí mismo, y tales mañas se dió, que por aquella época de penuria, logró conseguir la administración de un centro recreativo situado en uno de los pintorescos pueblos que circundan la Capital.

El mediano sueldo ganado con muy poco trabajo, bastó por entonces á subvenir sus gastos de calavera y á cubrir el déficit de sus entradas, pues Don Fabián, arruinado paulatinamente con las exigencias del derrotado estudiante, no pudo ya enviarle las remesas acostumbradas; pero Jacinto no se apuró por ello. Un vez cometido el primer robo, seguiría el segundo. Y así fué.



El casino, durante una visita de inspección, resultó desfalcado. La quiebra hizo mucho ruido en la Prensa y ésta publicó amplios detalles con el nombre honorable de Jacinto, pero como los pícaros tienen buena suerte, sucedió lo de costumbre: el pobre padre, hasta cuyo retiro llegó la noticia, por salvar otra vez su honra traspasó la panadería que lo sustentaba, para pagar la cantidad sustraída por su indigno hijo. Por esta vez también, el *poeta* ratero y plagiario, libróse de la cárcel y siguió resbalando por la fatal pendiente del vicio.

Se le veía á menudo en compañía de una mujer á quien deshonró, una pobre solterona costurera que se había creído de sus promesas. Era esta paisana suya excesivamente flaca, encorvada, sin nalgas, con un cuerpo que visto de perfil parecía una S; rubia, pecosa, de pupilas verdes semejantes á los ojos de un fabuloso basilisco; coleaba al andar y andaba siempre embozada con un chal negro, mal calzada, con unos zapatos rotos que dejaban ver sus dedos blancos. Padecía una horrible enfermedad: furor uterino. Le decía á Jacinto:

—Angel mío.

Y se llamaba Julieta Flores.

Cuando salía del taller de modas situado en la Cerbatana, era ya casi de noche. Jacinto, cual otro Romeo, rondaba esperándola bajo los muros desolados de la Encarnación, y entonces la cogía del brazo, la recitaba sus "Sinfonías liliáceas," le descubría los íntimos secretos de su alma y la besaba frenéticamente. Ella se enardecía..... y entra-

ban á un hotelucho de mala nota para repetir las mismas sucias escenas diariamente, á toda hora, con cualquier pretexto, sin lograr calmar aquella ávida fiebre de poseerse brutalmente; y como todas estas entrevistas amorosas le originaban gastos al enamorado Jacinto, hurtó un prendedor de oro con brillantes, públicamente, como el más vulgar ratero.

—Mira, Julieta, ya tenemos qué comer.

Y le explicó la procedencia de aquel dinero encomiando el sacrificio que por ella había hecho, mas su querida se indignó, le insultó, lo delató por temor de comprometerse y Jacinto fué á vivir por seis meses á la prisión de Belem desde donde dirigía á su "ingrata Julieta" amargas misivas preñadas de reproches y sentimientos.

La verdad era que ésta ya estaba hastiada de él y se había amancebado con otro hombre.

Complida su condena, el presidiario salió sin la espantable melena de romántico bardo, rapado, harapiento, piojoso, con grandes ojeras, y algunas canas, pero siempre con su aire petulante de perdonavidas y con más rabia venenosa en el alma.

Con gran sorpresa apareció una noche en la Plaza de Armas de su pueblo natal. Paseaba sólo, con la vista en lo alto, erguido como un héroe de leyenda.

—¡Eh, tú, «Ratón,» qué milagro que se te vé por tu tierra?

—Pues ya lo ves: estuve preso; la justicia es una estúpida; los jueces unos pigmeos.....

Era Bonafoux quien le hablaba, un antiguo compañero suyo, rubio, de podrida dentadura, ojos claros, hablar gangoso, que salpicaba con saliva al platicar, miope, vestido á la moda americana, calumniador de oficio, con manos largas, manos velludas de gorila, manos hechas para extrangular manos de asesino.....



Fué el único que no se avergonzó de él porque también había estado preso por un robo en Morelia Pero los otros, sus pasados admiradores, toda aquella gárrula corte de colegiales, huían de él como de un cadáver insepulto. La sociedad, ese juez inexorable con faldillas de comadre, lo había desenmascarado condenándolo á la más espantosa de las muertes: la muerte civil.

— ¡Bah! - exclamaba Jacinto. Poco me importa que esa sociedad estúpida y corrompida me aisle. Yo la desprecio y la escupo. Yo la azotaré todavía más en otro libro que pienso publicar: «Fulminaciones.» Mi libro será viril, candente, aplastante. En él descubriré todas las úlceras de cada individuo que ha desconocido mi poder intelectual; en él me vengaré de la que ahora me condena; no quedará ni un títere con cabeza; todos rodarán fulminados en el polvo de la deshonra, cuando analice sus corazones y aplique mi escalpelo á sus almas podridas que destilan más pecados que todos los pecados que yo llevo juntos. ¿Me reta? Pues bien, yo la castigaré, yo la arrancaré la careta de ramera, de prostituta que se solaza en los cubículos del adulterio. ¡Ah! honrados gobernantes, dignísimas damas, inteligentísimos profesionales, honorables comerciantes, inocentes vírgenes, integérrimos militares, excelentísimos ministros de Dios, ¡canallas! Yo os haré morder la palabra de Cambronne!.....

Entonces, quien sabe con qué siniestro fin que se desarrollaba en aquel cerebro demente, se asoció á unos cuantos impotentes, cardos de la vida social, y fundó una sociedad que tituló pomposamente, "Sociedad Literaria Papel y Tinta," de la cual fué Presidente.

Ahí, en el cuartito solitario Nº 5 de una lejana vecindad, en una pocilga á cuyo frente crecían *troenos* enanos con su defensa de espinosas zarzas, se asoleaban en pintoresco desorden los arrieros que llegaban á la Ciudad con

sus *huacales* repletos de gallinas, *cóconos*, huevos, quesos, coles, *ollas* de barro, enormes viznagas peladas, etc., etc., y pacían filosóficamente famélicos asnos hociqueando el estiércol pegajoso removido por las *cambujas* gallinas y los chillones cerdos del *mesonero* que deslendraba su *jorongo* rejo á rayas negras y cenefa tricolor sentado sobre las trancas que dividían el pesebre: ahí, sin otros muebles que cinco sillas de *tule* pintadas con humo de *ocote* en cuyos respaldos brillaban manzanas y hojas ornamentales estampadas con oro mosáico, y una mesa barata cuyo importe no fué cubierto jamás, verificábanse las sesiones nocturnas y se discutían interesantísimos problemas de Lingüística, Etica, Sociología, Retórica, Poética y Psicología, entre el humear constante de los cigarrillos, el triste parpadear de una vela estearica encajada en la boca de una botella el cercano roncar sonoro de los rancheros, las pútridas emanaciones del corral, el cocear de los asnos y mulas, y la pasajera alegría proporcionada por una *media* de mal *tequila*.

Jacinto, como se dijo, era el Presidente..... Elías Manrique, un desocupado ricachón de cabeza de carnero, aspirante á violinista y más perezoso que la Pereza, primer Vocal; segundo Vocal, Apolonio Llera, otro *poeta* de piés aplastados de pelicano, torcidos hacia dentro, melena rizada, hombro izquerdo caído, ojos lánguidos y gran corbata de seda; y el «Chango,» un afeminado mufiequito de voz atiplada, atildado, de nariz como pico de halcón, nervioso, perfumado, aristócrata, gran adorador de su voz, un tenorcito engolado que les temía á las cucarachas, fungía como Vocal tercero. Tan encumbrados personajes formaban la flor y nata de aquel centro literario. Precisa decir que la famosa "Sociedad Literaria de Papel y Tinta," murió á los quince días, de anemia cerebral.....

Desde entonces, Jacinto se vió completamente aislado



sólo con su envidia llegada al paroxismo, que le perseguía como la sombra al cuerpo. Y otra vez vinieron las terribles noches de insomnio con su cortejo macabro de venganzas, de furias locas, de pasiones no desfogadas, de ansias no satisfechas y de tremendos remordimientos. La fantasma de su mártir madre parecía repetir aquellas sus frases últimas:

—Mi hijo es un ladrón!.....

El vocablo horrendo fulguraba, se agigantaba en la sombra, le quemaba como un anatema venido de lo alto, le anonadaba enteramente, y todo él, Jacinto, era ya fuego, lumbre por fuera, brasas por dentro, en aquel pecho que chisporroteaba como una tea y rugía impotente para herir á los demás, á los que valían algo. Era como un león viejo que contemplara sus gastadas uñas, sus músculos flácidos, sin fuerza ni voluntad. ¿Qué había hecho de su vida?..... Y se contestaba: "Mal siempre mal." Una voz parecía decirle severamente:—"¿Por qué no has amado á tus semejantes? Si hubieras sido bueno, ahora serías estimado y glorificado. El talento que te concedió la Naturaleza lo empleaste en difamar y en sembrar la discordia. ¡Sufre! Si tus hermanos pecan más que tú, castígales, pero una vez arrepentidos, perdónales. El amor y el perdón deben imperar en la humanidad. Tú no has seguido estas máximas y has odiado con toda la fuerza de tu alma: justo es que ahora sufras con toda la fuerza del castigo. No hay infierno; el infierno está en la Vida: es el resultado de la conducta de los hombres. ¡Sufre! ¡sufre!" Y el réprobo sufría horriblemente. El había soñado en conquistar las cumbres de todas las aspiraciones humanas, pero bien lo comprendía; había errado el camino. La fuerza jamás se impondrá sobre el amor. Recordaba la paz de su casita, el amor de sus padres, la santidad del trabajo, y estos recuerdos aumentaban su angustia. Ahora estaba ahí, des-

honrado, olvidado, proscrito dentro del desierto de su propio corazón, rechazado por aquella sociedad á quien, sin embargo, por inquebrantable instinto odiaba todavía con toda su alma; y lo que era peor: indomable aún, soñando en venganzas imposibles. ¿Venganzas por qué?..... Ni él mismo lo sabía. Obedecía tan sólo á aquella secreta voz que con más potencia le gritaba: —"¡Odia! ¡odia con toda la primordial maldad de tu alma! Si eres hombre, el hombre es, por heredismo, tu enemigo!" .... ¡Sí! El odiaba la risa, el bienestar, las nobles ambiciones de los demás, los triunfos de los trabajadores, la bondad de las prudentes, el desprecio de los dignos, lo que aromaba, lo que volaba, lo que resplandecía, todo, todo! ¿No era el peor de los suplicios vivir con un corazón así tan malvado, entre la tranquilidad de semejante mundo?

Calenturiento, semi-desnudo, abrió la ventana carcomida de su último refugio, un caserón ruinoso donde vivía de caridad, para aspirar el aire fresco de la noche, pero sintió frío y volvió á echarse. Un sapo había saltado de las rendijas hacia los *gigantes* que rodeaban la ventana. Entonce él, tiritando nerviosamente á pesar de que sentía arder sus entrañas escoriadas por el alcohol maldito, comparóse á aquel vil sapo. Se veía á sí mismo espiando con los saltones ojos, turbios por la envidia, el sereno brillar de las estrellas titilando en la apacible calma de la noche, sobre toda la tenebrosa inmensidad de su infortunio. A ratos, empero, sentía necesidad de arrepentirse, de reconciliarse con la vida, pero no podía: nuevamente la Envidia inyectaba el letal veneno, y aquella insoportable tiranía de la que tal vez ya nunca podría librarse, lo ponía frenético, desesperado, anublando su razón por la que pasaban relámpagos rojizos parecidos á culebreantes chorros de sangre.....

Un crugido de vigas le hizo estremecer, y obedeciendo



á sus preocupaciones no borradas de burdo indígena, pensó en la Muerte que pasaba..... Tenía miedo, un miedo inexplicable. Envolvióse en el jergón y siguió pensando con amarguísimo desaliento en sus amores pasados, en aquella querida flacucha, jorobada, desdentada, atormentada por la satiriasis, la única mujer que le había amado un sólo momento y que también, como las otras, le había engañado engolfándose en la charca del egoísmo humano. ¿Su madre? No quería ni pensar en Doña Juana: era como si le hundiesen un dardo candente en la médula. Se oprimía los oídos golpeándose con los índices para que con su sordo zumbido no pudiera recordarla. Su padre había muerto. Sus últimos amigos le abandonaban. Ya para él ningún martirio le era desconocido: todos estaban unificados en aquel hambriento gusano que le roía inexorablementa las entrañas. ¿Qué haría en lo sucesivo sin un afecto, sin un objeto en la vida? Sus armas estaban gastadas; sus intrigas habían sido expuestas al escarnio público; sus blasfemias provocaban risas; estaba exhausto, acobardado, enfermo del cuerpo y del alma. Pensó en Dios, pero ni este supremo consuelo mitigó sus crueles dolores físicos y sus angustias morales. Por lo demás, la sola idea de pensar en El y de implorar su misericordia infinita, le produjo un malestar inenarrable. Sintió deseos de llorar; él nunca había podido hacerlo; quizá por eso había sido tan malo, porque los séres que lloran son menos pervertidos. Pero una estridente carcajada resonó dentro de su cráneo, y la cobarde lágrima se detuvo temblorosa en los párpados enrojecidos por la crápula. Aquella lágrima, condensación de sus inmensas penas, bastó sin embargo, para llevarle un momentáneo alivio; pero de pronto sintió que una mano larga, mano velluda de gorila, mano hecha para estrangular, mano de asesino, la misma de su amigo Bona-

foux, le apretaba el cuello, se lo apretaba al mismo tiempo que la voz desconocida le cuchicheaba secretamente al oído:

—¡Miserable! ¡No has hecho más, que odiar á tus semejantes! Eres un sér nocivo: fuerza es que mueras!

Había tenido un vértigo; volvió en sí, cerró los ojos, vió millares de lucesitas que semejaban diminutas luciérnagas y lanzó un grito de espanto. Mortal palidez invadía su rostro redondo y achatado, ulcerado por la sífilis.

Miró. No, no había nadie. La habitación estaba silenciosa; solamente se oía el ruido que producia una carcoma al barrenar la madera del techo. Aquel continuo roer del que antes no se había dado cuenta, repercutía ahora en su corazón; parecíale que el voraz gusanillo se lo taladraba. Poco á poco su nerviosidad alcohólica fué aumentando y el ruido creciendo, creciendo. Jacinto sin saber porqué, contaba las horas con insólita angustia y cada campanada lo sacudía bestialmente. El hubiera querido arrancar el badajo de aquella maldecida campana para hacerla enmudecer, mas carecía de fuerza para levantarse; estaba quebrantado y sentía un agudísimo dolor en el pecho, como si ya no una carcoma sino una serpiente le devorase el corazón. Este latía precipitadamente, deteniéndose á intervalos que lo hacían respirar ansiosamente; al mismo tiempo un martilleo le machacaba el cerebelo. Y el ruido aumentaba en fuerza: era un estruendo comparable al de un lejano bombardeo. Pero la voz aquella, ahora potente y pavorosa, lo dominaba gritándole siempre:

—¡Miserable! ¡No has hecho más, que odiar á tus semejantes! Eres un sér nocivo: fuerza es que mueras!

El permanecía aturdido, anonado con aquel inquisitorial suplicio. Palpábase el pecho, y sin embargo su carne no estaba agujerada. ¿Qué sería aquello? El ruido retumbaba ya con el fragor de una tempestad eléctrica, y aquella serpiente que se retorcía dentro, en su tórax, había tomado las colosales proporciones de un dragón fabuloso. Su tormento aumentaba; sufría de una manera indecible; clavábase las uñas en los pectorales desgarrándolos, respirando dolorosamente; un sudor copioso le bañaba el rostro y una sed ardiente le secaba los labios, le pegaba la lengua al paladar; sus sienes palpitaban aceleradamente y sentíase inmensamente fatigado. ¿Cuánto tiempo iba á durar aquello?.....Trató de incorporarse, pero resonó un tremendo martillazo en sus oídos, como si se le hubiesen reventado los tímpanos. A pesar de ésto siguió escuchando el ruido que detonaba fantásticamente, espantosamente, como si á desquiciarse fuera el mundo entero..... El, entonces, para librarse de aquel inenarrable castigo, no pudiendo soportar ya la terrible nerviosidad que lo estrujaba, reconcentró su voluntad, llamó en su auxilio la poca fuerza que le restaba, sonrió diabólicamente al palpar su puñal, y empuñándolo desesperadamente, como ansiando matar al mónstruo que le devoraba, se lo hundió con rabia en el corazón!



Amanecía....

El sapo desde el alféizar, le miraba curiosamente con sus ojos saltones, inmóviles y magnéticos.

Los rosales se cuajaban de blancas rosas entre los cardos nocivos del patio ruinoso.

Un avión cantó alegremente.

Jacinto yacía rígido, engarabitado como un leproso sarmiento.

Y pareció seguirse oyendo entre la explosión de los gorgeos, el rechinar de sus dientes, como el que produce la escofina al morder el hierro, como el de la sanguinaria hiena que al pié de su caverna tritura nervios correosos.....

# REMEMBER

"Quien vive, olvida."

Campoamor.